

su tía fué *capuchina*,  
y ¿qué más? hasta su tío  
segundo, Pedro Jiménez,  
diplomático muy fino,  
vivía *pasteleando*  
de cada seis días cinco.  
No es raro que con el tiempo  
llegara á ser Bartolillo  
un joven *almibarado*  
capaz de empacharle á Cristo.  
¡Qué dulzura en sus miradas!  
¡Qué *pasta* la de aquel chico!  
Este era su lema: «á nadie  
le amarga un dulce». El maldito  
palabras de miel tan solo  
deslizaba en los oídos  
de las bellas; mas con ellas  
jamás tenía amoríos  
si no eran *empalagosas*.  
¡Con qué gracia y con qué mimo  
las *jaleaba*, es decir,  
las daba jalea el picaro!  
¿Sabéis cuál era su almuerzo?  
Bistek con azucarillo.  
¿Sabéis además cuál era  
su instrumento favorito?  
La dulzaina .. ¿Y sabéis cómo  
vestía? Con trajecillos  
de lana dulce. ¡Comiendo  
pasteles era un prodigio!  
Baste decir, y no es broma,  
que se atrevía el muy pillo









Doña Zósima, la esposa de Choquezuela, había confeccionado un timbal de macarrones con tal maestría, que no le faltaba más que hablar. Y es que consideraba á los macarrones como á hijos suyos, y los dominaba por completo.

Conocedores de esta especialidad los parientes y amigos de doña Zósima, ansiaban que llegase el momento de comer aquel manjar de los dioses italianos, y se encaminaban á buen paso hacia el supradicho Soto con entusiasmo indescriptible.

La caravana estaba compuesta de los elementos siguientes:

1.º El matrimonio Choquezuela. (La hembra iba de verde esmeralda con cabos encarnados y sargentos amarillos; y el macho, de chaqué á cuadros y sombrero negro con alas rubias.)

2.º Olimpia, hija de doña Zósima (y también de su esposo, según malas lenguas). Llevaba el semblante tristón y desencajado, las ojeras hasta las orejas, y un suspirar tan sin tregua que asustaba á los transeuntes, dando á entender que en el corazón llevaba clavado un dardo, por lo menos.

3.º Roberto Forrajera, capitán de dragones, que más parecía de tragones, por lo glotón que se manifestaba siempre. Su cualidad de vecino de Choquezuela le daba puesto preferente en aquellas expediciones higiénicas.

4.º Dos primas de Olimpia, cargadas de espaldas... y de estar solteras. Llevaban al exterior unos trajecitos nuevos de color castaña librepensadora, y por dentro un apetito voraz y unas ganas de retozo superiores.

5.º Don Lesmes Cachiporra y su dulce consorte, ambos bizcos y de Azuqueca; pero muy buenos cristianos.

6.º Purita y Pepita, dos criaturitas inaguantables, sobrinastras de doña Zósima por parte de tia.

Y 7.º Emiliano Fáber, nuevo pretendiente de Olimpia é hijo de una gran fábrica de corchetes, *sita* en Montevideo.

Protegido por los padres de su adorada, pero desdeñado por ella, que se moria por los pedazos de un trompa regio, es decir, del Teatro Real, iba el pobre Fáber al Soto de Migascalientes, con ánimo de conquistarse el afecto de la melancólica Olimpia, á fuerza de carantoñas y finezas.

Llegó la *comitiva* al Soto de *Amigascalientes*, como le llamaba Cachiporra (que era humorista de nacimiento), y buscó un sitio sombrío para instalarse é instalar sus bártulos.

El timbal de macarrones tenia preocupados á los alegres individuos de la gira, y éstos suspiraban porque llegase pronto la ocasión de devorarlo, y hasta de chuparse todos los dedos, si necesario fuese.

Omito detalles anteriores á la comida.



Sólo diré que aquellos felices seres jugaron á la rana, al toro, á la gallina ciega y al ratón y al gato, que se revolcaron libremente por el suelo, y que tuvieron su poco de baile al son de un organillo que, por tener descompuestas las polkas y las habaneras, no tocaba más que «La Dona *inamovible*», del *Rigoletto*, y el «*Cólico Miserere*» del *Trovador*, como decía doña Zósima.

Unicamente Olimpia pugnaba en vano por ocultar su profunda tristeza. Con el pensamiento fijo en su trompa, nada la distraía, ni la regocijaba. Los piropos del joven Fáber le irritaban más y más. Los chistes silvestres de Cachiporra la affligian muchísimo; y hasta las reflexiones de las primas cargadas eran insuficientes para consolar á la pálida hija de Choquezuela.

¿Saben ustedes cuál era la causa? Pues era la siguiente: doña Zósima y su esposo, partidarios de los yernos que cuentan con más *metal* que el de una simple trompa, despreciaban al novio de su hija; y harto éste de los desaires de aquellos buenos señores, juró vengarse precisamente el día de la gira. El tal juramento tenía sobresaltada á la inocente niña, que conocía la brutalidad del trompa, y de ahí que esperase intranquila y triste la llegada del misterioso conflicto.

Apurados los juegos, rendida la caravana, y lleno de flato el organillo, procedióse, con el aplauso de todos los comensales, á exten-

der sobre el césped varios números atrasados de *El Liberal* y de *La Voz de las Clases Pasivas*, para colocar encima los manjares preparados.

La tarde estaba deliciosa, y la animación entre aquella gente era tal, que los caballeros y las señoras más formales se abrazaban y hasta se mordían con la mayor confianza.

Reinó un instante el silencio. Era que el deseado timbal de macarrones iba á hacer su aparición en la improvisada mesa. Poco después doña Zósima era aclamada frenéticamente como autora del timbal, y tuvo que encaramarse á un castaño de Indias para dar las gracias á los manifestantes.

Acto seguido, D. Roque Choquezuela, armado de trinchante y tridente, dijo, mientras desmoronaba la obra de su consorte: «*¡Ecce, ecce timbali macarronorum, facto pro muliere mea cum habilitate magna!*»

—«*Et cum spiritutuo*»—contestaron los comensales, vitoreando al matrimonio Choquezuela.

Mas ¡oh sorpresa! en el fondo del timbal tropezaron los destructores instrumentos con un cuerpo extraño bastante duro, que fué mostrado á todos por D. Roque en medio de general estupefacción y de sonoras risotadas.

El cuerpo extraño era... ¿qué dirán ustedes? Una caja de betún, que no contenía be-



tún, pero si un papel muy doblado que así decía:

«Zósima de mi corazón: Celebro que con-  
vengamos en que tu marido es un rinoceron-  
te. ¡Qué ganas tengo de que llegue la noche  
del martes para que, mientras esté Choque-  
zuela en su Circulo, tú me demuestres pal-  
pablemente lo mucho que me amas! No me  
digas que ya eres vieja. ¡Cuántas jóvenes  
quisieran tu morbidez!

»No me mires mañana cuando vayamos al  
campo juntos, porque Choquezuela es más  
listo de lo que parece. Adiós, Zósima mía. No  
olvides á tu amante *Lesmes Cachiporra.*»

.....

Lo que sucedió allí no es para contado.

Los lectores podrán suponer la serie de  
convulsiones, desmayos, gritos, patadas y  
escandalosos episodios de que aquel día fué  
teatro el Soto de Migascalientes.

Mientras tanto, el trompa, poseedor de  
aquella infame carta por una casualidad, y  
generador del conflicto en connivencia con  
las criadas, que le auxiliaron magistralmen-  
te, se relamía de gusto, escondido detrás de  
un alcornoque no muy distante del campo  
de batalla.

¿Cómo llegó á manos del trompa la carta  
de Cachiporra? No lo sabemos.

Pero hay que convenir en que la vengan-  
za es muy sabrosa.

Sobre todo para los trompas despechados.



## RECUERDOS DE LA FUNCION

A MI ALEGRE AMIGA CLEMENCIA CORNEZUELO

¿Sabes que anoche fué de primera  
la memorable función casera  
que á los amigos  
nos diste tú?  
¡Qué sainetito! ¡Qué melodrama!  
¡Vaya un gracioso! ¡Vaya una dama!  
¡Cómo les vimos  
hacer el *bu!*

—  
Daré al olvido los tropezones  
que dió aquel pollo de los faldones  
sobrecogidos  
por la emoción.  
Daré al olvido los cinco gallos  
que dió Pepita Valdeloscallos  
cantando el *área*  
del salchichón.  
—

Podré olvidarme de la butaca  
que bajo el peso de doña Paca  
se hizo pedazos  
junto al sofá,  
y del soponcio de la Ruperta  
cuando tu perro quiso en la puerta  
tirarse á Pura  
Carratalá.

---

Podré olvidarme del sombrerete  
de coliflores que en el sainete  
lució Conchita  
Caparazón.

Podré olvidarme del punto blanco  
que en el reverso mostró Luis Franco  
por ser muy frágil  
su pantalón.

---

Podré olvidarme, linda Clemencia,  
de las miradas que hasta en presencia  
de tu marido,  
que es un chacal,  
le dirigías, brindando amores,  
al comante de cazadores  
don Sinforiano  
del Berrocal.

---

Daré al olvido lo que reiste  
con los bigotes de estopa triste  
que sacó el duque  
del Alcanfor.

Podré olvidarme del rey Edipo



---

y hasta del rato que duró el hipo  
del juez que hacía  
de apuntador.

—

Lo inolvidable seguramente,  
pues no se borra tal fácilmente,  
fué la patada  
monumental  
que en un pasillo muy tenebroso,  
lleno de celos, me dió tu esposo  
por confundirme  
con Berrocal.

—

¿Qué he de ir á otra función casera?  
Iré si tienes juicio siquiera  
durante el curso  
de la función,  
y si le amarras á tu marido  
con la cadena que le han traído  
para su perro  
desde Londón.

—







## AL CAFE CON LA FAMILIA

~~~~~

*La madre.* — ¡Gracias á Dios  
que llegamos al café!

*El padre.* — Celebraré  
que el agraz no te dè tos.

*Un chiquillo.* — ¡Cuánto gozo!

*Otro.* — Calla, Cucufate.

*El pequeño.* — Chero el tate.

*La niñera.* — (Chero el mozo )

*Pasa un mozo con coñac  
en dos botellas labradas  
y el padre rompe en palmadas  
cual si fuese de la clac.*

*El mozo.* — Voy al momento.

*La madre.* — ¿Quiere acercarse?  
¿Qué helados pueden tomarse  
en este establecimiento?

*El mozo, al galope.* — Fresa,  
avellana, mantecado,



piña, agraz, limón helado,  
vainilla, arroz y frambuesa.

*El padre.*—¡Qué rapidez!

*La madre.*—¡Qué atrocidad!  
¿Tendría usted la bondad  
de repetirlo otra vez?

*El mozo, un poco amoscado.*

—Hay avellana, frambuesa,  
agraz, vainilla, arroz, fresa,  
limón, piña y mantecado.

*Dan al mozo una gran lata.*

*Los niños piden, y el padre  
no la convence á la madre  
de que el helado la mata.*

*La madre.*—A ver si me dejás...

*Un niño, que es muy precoz.*

—Quiero un sorbete de arroz  
Pero ha de ser con almejás.

*El hijo mayor.*—¡Yo sudo!

*La madre.*—¿Qué es eso, amor?

*El niño.*—¡Mamá, un dolor  
de tripas morrocotudo!

*La madre.* ¿Quieres salir?

*El nene.*—Ya, ¿para qué?

*La madre.*—¡Qué horror! ¡Ya sé  
lo que me quieres decir!

*La niñera, al ver pasar*

*á un mozo.*—¡Pillo! ¡Bribón!

*El mozo.*—¡Calla! ¿Asunción?

¡Al fin te vuelvo á encontrar!

*La niñera.*—Harás que estalle.

Tú me perdiste, canalla.

Otro mozo. — Calla, calla.

Varias voces. — ¡A la calle!

La niñera monta en ira  
y el mozo, con la ponchera,  
amenaza á la niñera,  
que suelta al niño y le tira.  
Y al ir á verle el chichón,  
el padre empuja la mesa,  
y el sorbete de frambuesa  
le cae sobre el pantalón.

La madre, tosiendo á un lado.

¡Ya me dió la tos ferina!

El padre. — ¡Si sabes, Lina,  
que á ti te mata el helado!

La madre. — Esas son bobadas.

El padre. — ¿Si? Ya verás.

Desde hoy no refrescas más  
que judías estofadas.

El padre. — Mozo, ¿qué debo?

El mozo. — Veintidós reales.

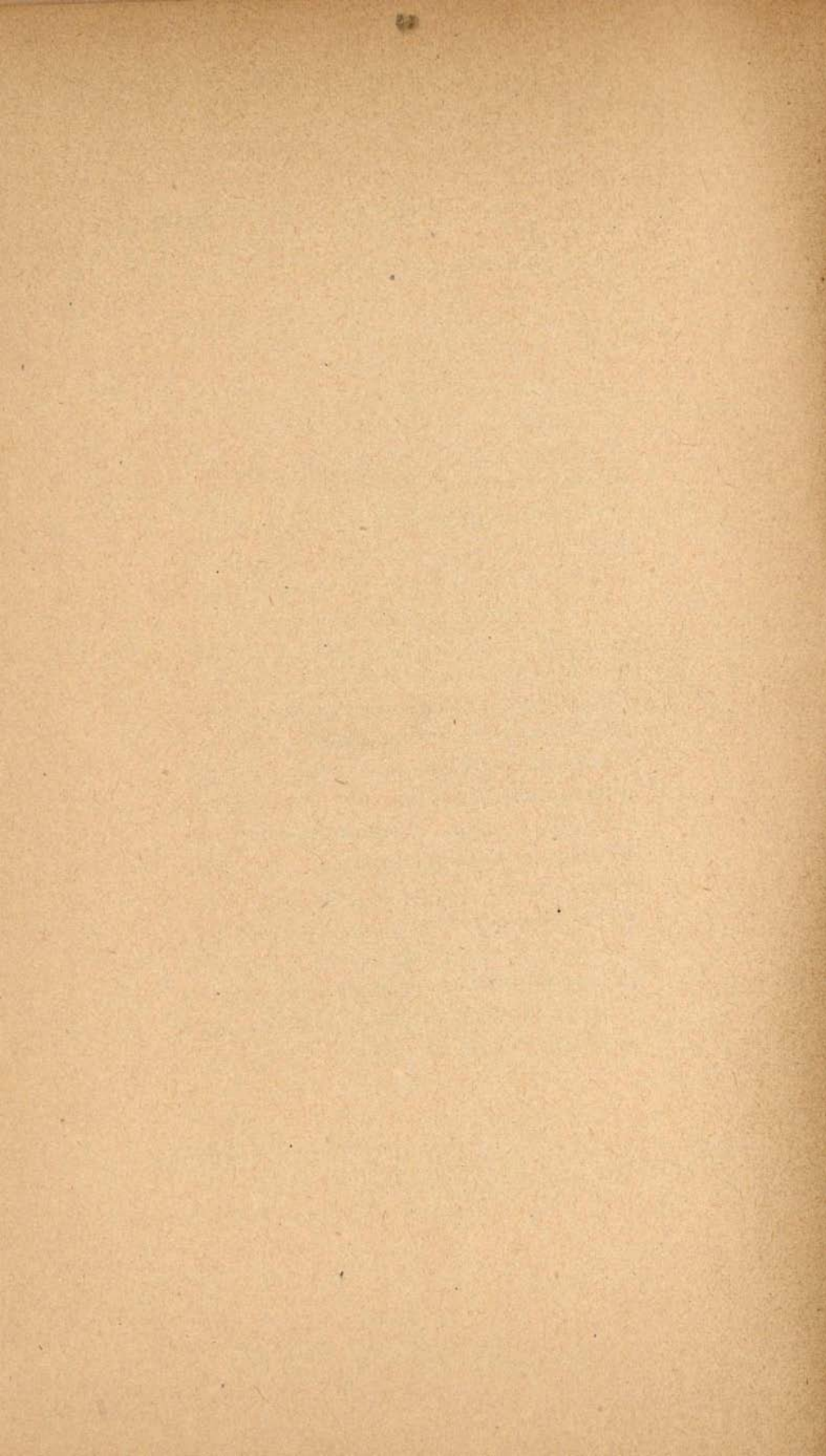
(Se asustan los comensales  
y le ponen como nuevo.)

La madre. — ¿Vamos, José?

El padre, dando suspiros.

— ¡Que me peguen cuatro tiros  
si os traigo más al café!







## EL COCHE DE PUNTO

**J**UANÍN del alma mía: Mañana, á las seis, te espero en el jardín de mi tío Sisebuto, por la parte de los azofaifos. Salta la tapia y apóyate en el invernadero, pero sin hacerte pupa. Estaremos solos debajo del alcornoque grande. ¡No faltes, por Dios, á las seis en punto, ¿eh? Tu puntualidad me dará la medida de tu cariño y decidirá nuestra suerte. Adiós, adiós. Tuya hasta más allá de la tumba fría.—Pancracia Somormujo.»

Esta interesante carta me obligó á despachar precipitadamente mis asuntos aquel día, para poder acudir á la cita con la debida oportunidad; porque mi Pancracia, que era una fiera de la clase de hijas de familia, no transigia nunca con mis retrasos injustificados.

Mas—¡oh desgracia inmensa!—no parece sino que todo el mundo se conjuró aquella

tarde para impedir la realización de mi deseo.

Habian dado ya las cinco, y tenia yo en casa al ordinario de mi pueblo participándome el hundimiento de una bodega mia; al chico de la imprenta de *El Hipo Nacional*, pidiéndome por Dios los versos que habian de salir aquella misma noche; al sastre, con un traje nuevo en el periodo de prueba; á mi amigo Rosconcete, solicitando mi intervención en el duelo de un cómico chirle con un crítico avinagrado...

Y el tiempo transcurria velozmente, y mi cabeza era un bombo, ó mejor dicho, una bomba, y la hora de la cita se acercaba, y sólo el pensar en la distancia que separaba mi casa del hotel de D. Sisebuto me producía congojas y bascas.

Por fin despaché á toda aquella gente.

Miré el reloj; faltaban diez minutos para las seis y no era posible ir á pie hasta el hotel consabido. Se imponía, pues, la necesidad del coche *simón*.

Sali á la calle y tardé en encontrar uno. Pero lo encontré al fin. Al fin... de la calle de Fuencarral.

El cochero dormía, y el caballo le imitaba.

—¡Eh!... ¡tú!... ¡cochero!... —grité, tirando al *simón* de la capa.

El hombre seguía como un ceporro.

—Despabilate, animal,—le dije más fuerte, golpeándole la nariz con el bastón.



—¿Qué hay, señorito? —contestó el auriga, desperezándose.

—¿No oyes que te llamo?

—Dispéñseme, caballero; como he pasado la noche en vela por causa de una prima...

—Bueno, pues llévame á escape al barrio del Pacifico, hotel núm. 100.

—¡Maldita sea tu estampa!—murmuró el cochero, encendiendo un pitillo pausadamente.

—¿Por qué gruñirá este bárbaro?—me dije yo acomodándome en el vehículo.

Este era un clarens destrozadísimo, pero mal oliente.

Pasaron dos minutos.

—Pero, ¿andamos ó no andamos?—exclamé un poco amoscado.

—Ya voy, hombre, ya voy,—contestó el del pescante, y descargó un trallazo sobre el penco, diciéndole con voz persuasiva: «Arre, caballo»

Inútil pretensión. Aquel jamelgo parecía un funcionario inamovible.

—¡Hombre!—añadió,—despierta á ese animal, porque, según se ve, también ha pasado la noche velando por causa de alguna yegua.

*El cochero.*—¡Arre!

*Yo.*—¡Gracias á Dios!

Esto lo dije porque el caballo despertó y anduvo...

.....



—Cochero.

—¿Qué hay?

—¿No podemos ir más de prisa?

—No, señor.

—Pues á este pasito vamos á fallecer bajo el peso de los años antes de terminar el viaje.

—¿Querria Ud. ir en volandas, verdad? Pues eso no puede ser. El caballo está cojo y además padece *accidentes catapléuricos* en cuanto se agita un poco.

—Bueno, bueno. Calla y sigue.

—Miré el reloj. ¡Eran la seis y cuarto!

Jamás pude esperarme un cuarto de hora mi Pancracia, y la catástrofe era segura.

Porque ¡cualquiera convencia á la impaciente joven de que yo llegaba tarde por haber tomado un coche en lugar de ir á pie!...

De pronto el coche se detiene.

—¿Qué ocurre?—pregunto al cochero.

—Que no hay quien pase por aquí—me responde.—¿No ve usted un carro de mudanzas hecho añicos en medio de la vía?

—¡Válgame Dios! Pues tira por otra calle.

—Está bien, señorito.

—¡Arre, caballo!

El carruaje prosigue su camino, dando un forzoso rodeo por causa de aquella interrupción inoportuna.

A todo esto yo me iba quedando frio, por-

que entraban por las portezuelas unos aires nacionales imposibles de resistir. ¡Como que le faltaban al coche casi todo los cristales, y estaba escrito que mi salud habla de pagar los vidrios rotos!...

Gracias á que con el movimiento inaguantable y el ruido infernal del vehiculo, no me enteraba bien del vientecillo reinante.

De lo que me enteré fué de que íbamos por calles muy extrañas al camino recto.

—¡Cochero!

—¿Que se ofrece?

—¿A dónde diablos me llevas?

—¿No me ha dicho usted que á la estación del Norte?

—¡Hombre, no! Al barrio del Pacifico. ¿Es que estás borracho?

¡Si, señor!

Volví á mirar el reloj. Eran las siete.

—¿Quieres avivar el paso?

—No me da la gana, señor mio. Ya me va usted cargando demasiado.

—¡Insolente! Tras de que esto es una carreta insoportable...

—Pues ponga usted carruaje propio.

—Pára, pára, que me voy á bajar.

—¡Sooooo!

—¡Qué escándalo! Toma; una peseta y un real de propina.

—¡Vamos! ¡No se quedará usted pobre! Me río yo de estos señoritos de chistera que

le largan á uno cinco perros de propina, como si uno fuera un *méndigo*...

—¿Pues que quieres? ¿Que te dé cinco duros y te abrace, y le dé al caballo las más expresivas gracias porque no se ha desbocado y me ha roto el alma contra un farol?

.....  
 .....  
 A las ocho de la noche llegaba yo, echando chispas, á las tapias del jardín de D. Sisebuto.

Ya no me esperaría mi Pancracia, seguramente.

El negocio estaba perdido y no es extraño que las palpitaciones de mi corazón se oyeran desde Marruecos. Salté la tapia... y no encontré á mi entrañable Pancracia. A quien encontré fué al jardinero, que gritando: «¡ladrones! ¡ladrones!» me apuntaba con la escopeta.

Excusado es decir que escapé de allí como alma que lleva el diablo. Cuando llegué á casa me encontré con una esquela, que decía así: «He hecho el sacrificio de esperarle á usted, bajo el alcornoque, hasta las seis y veinticinco. ¡Sacrificio inútil! ¡No piense usted más en mí! Ha vencido en mi corazón su rival de usted, Pepito Vientreclaro, que es un modelo de puntualidad... ¡Hasta nunca!—  
 PANCRACIA SOMORMUJO.»

.....



---

¡Y todo por aquel maldito *simon*, fiel reflejo de casi todos los de su casta!

Después de lo ocurrido, figúrense ustedes el cariño que tendré á los coches de punto.

¡Cargados de dinamita los quisiera ver yo!

---





## EN PLENA CUARESMA.

---

— ¡Por favor, mamita,  
basta de lentejas,  
que con tus rigores  
sin comer nos dejas,  
y á mi hermana Carmen  
y á mi hermano Carlos  
con las espinacas  
vas á *suicidarlos!*

Bueno es fastidiarse  
por ganar el cielo;  
mas con tanto ayuno  
*se* nos cae el pelo;  
y si yo lo aguauto  
porque soy muy fuerte,  
nadie más en casa  
goza de esta suerte.

¿No te haces el cargo  
de que la vigilia



va á hacer que sucumba  
toda la familia?

¿Cómo quieres, dime,  
que tras del trabajo  
mi papá se avenga  
con las sopas de ajo?

Bueno es que ayunemos;  
pero no de modo  
que nos haga daño  
renunciar á todo.

Si aún tenemos algo  
bajo las pellejas,  
es por los coquitos  
que hay en las lentejas.

¿Cuándo se te acaba  
la monomanía  
dé que en la Cuaresma  
no se pase un día

sin comer patatas  
ó comer alubias,  
ya de las morenas  
ora de las rubias?

¡Ay, cuándo podremos  
almorzar croquetas  
y comer chorizos  
y cenar chuletas!.....

.....

.....

Esto del ayuno  
dijo incomodada  
Presentación López  
á su madre amada.

Pero me han contado  
que lo resistia,  
no porque era fuerte,  
¡qué majaderia!

sino porque dentro  
de un cajón cerrado  
conservaba lonchas  
de jamón trufado;  
y en cuanto su madre  
no la vigilaba,  
¡no les digo á ustedes  
cómo se atracaba!

Bueno; pues el viernes  
fué escurriendo el bulto  
á comer á solas  
el jamón oculto;  
pero el cajoncito  
donde habia estado,  
lo encontró la chica  
ya desocupado.

¿Un ratón goloso  
se merendaria  
descaradamente  
lo que contenia?

Ya se ha averiguado  
que no fué ratón;  
fué la propia madre  
de Presentación.









## EL CUERNO FLORECIENTE.

(SOCIEDAD TAURINA)

Proyectaron una vez  
diez valientes señoritos  
lidiar unos becerritos  
en la Plaza de Aranjuez.

Con este fin solamente  
dejaron constituida  
la sociedad conocida  
por *El cuerno floreciente*;  
y celebraron sesión  
aquellos diez temerarios,  
para tratar de los varios  
detalles de la función.

En la junta, Juan Centeno,  
creyéndose un Costillares,  
se ofreció á poner seis pares  
en un palmo de terreno.

Bajo su palabra honrada  
prometió Luis Matamoros,



despachar un par de toros  
con una sola estocada.

A su vez, Antonio Mir,  
juró que él recibiría.  
(No se sabe todavía  
qué pensaba recibir).

Cuando oyó Joaquin Galé  
tales cosas, se picó  
y dijo: — «Señores, yo  
me he picado y picaré;  
pues soy una maravilla  
para manejar los potros.»

Y así fueron unos y otros  
erigiéndose en cuadrilla,  
hasta que todo quedó  
completamente arreglado,  
y el Presidente, admirado  
de aquel concurso, exclamó:  
— «¡Viva la gente valiente  
que así se sabe portar!  
¡Vivan los que han de causar  
el asombro de la gente!»

Por su parte, el que allí hablaba  
como Presidente nato,  
es decir, el mentecato  
de Arturito de la Baba,  
juró de un modo formal  
ante toda la cuadrilla,  
que él daría la puntilla  
con acierto sin igual.

(Luego después he sabido  
que es cierto que se la ha dado.....)



á un francés aficionado  
que se la había pedido).

Terminada la sesión  
sin olvidar ni un detalle,  
y al poner el pie en la calle  
la cuadrilla en pelotón,  
junto á la acera de enfrente  
pasaba una vaca flaca,  
y al reparar en la vaca  
los de *El cuerno floreciente*,  
de allí escaparon los diez  
y no se han vuelto á encontrar.  
¡Digo, si llegan á dar  
la corrida en Aranjuez!





## CUADRADILLO EN PALACIO

---

**C**OMO quiera que ir á un baile regio es algo más que ir á casa de las de Gómez á oír cantar *La estera confidente*, á bailar media docena de polkas y á comer otros tantos bizcochos de canela, no es cosa rara que ciertos ciudadanos modestos, ó inexpertos en materia de fiestas palatinas, vivan intranquilos y preocupados desde el momento en que su jefe les dice:

—Fulanito, tiene usted que ir al baile de Palacio en representacion del archivo de este ministerio. Porque un archivo que no está bien representado en las danzas de Palacio, ni es archivo ni cosa que lo valga.

Muchos deseos tenía mi compañero de oficina D. Telesforo Cuadradillo de asistir á una de esas grandes fiestas. Su jefe, sabedor de ello, le facilitó la realización de aquel capricho, y hé aquí cómo nuestro hombre nos ha contado el caso:



—«¡Qué arrepentido estoy—exclamaba—de haber figurado en el número de los asistentes! Después de una lucha encarnizada con mi primo Pepe Chupetón, para que me prestara su frac, á lo cual se resistía, porque otra vez que lo prestó se lo devolvieron con un huevo frito despachurrado en la espalda, logré llevarme la prenda, que, si bien me estaba un poco estrecha, en cambio me venía bastante corta.

¡Y qué corbatita blanca me sacó mi esposa del faldón de la camisa!

Pues bien, con el traje de etiqueta, el pelo rizadisimo, la corbata sacada del faldón, y la botonadura de brillantes que me habia comprado mi suegro por catorce reales en la feria de Torrijos, me dirigí á Palacio contento, pero convulso, después de tomar cinco tazas de café puro para no dormirme en el baile.

¡Qué aspecto el de aquella escalera y el de aquellos aposentos lujosísimos, iluminados por innumerables bujias, aromatizados por abundantes flores, y cuajados de raso y encajes, de entorchados y joyas, de colorines y condecoraciones!...

¡Cuántos brazos al aire! ¡Cuántas pantorrillas de caballero patizambo dejando adivinar, á través de nobles calcetas, peronés endebles, resguardados por naturales ó artificiales músculos!

Penetré medio aturdido en aquellas sober-

bias estancias y no supe qué hacer, si buscar á la Reina Regente para darle una respetuosa palmadita en el hombro y preguntarle por su familia, ó hacerme el tonto paseando por allí hasta que llegase la hora de cenar.

Pedíale á Dios que me deparase una persona conocida con quien hablar; pero el diablo se enteró sin duda de mi deseo, y ¿saben ustedes con quién me hizo tropezar?

Con mi casero, que, vestido de mamarracho, clavó en mí sus anteojos y me dijo:

—Más valiera, señor de Cuadradillo, que en lugar de andar por aquí como un palomino atontado, con ese sol pintado en la espalda del frac, ni más ni menos que un clown, me pagase usted los ocho meses que me debe.

—Eso no es verdad, señor vizconde—le respondí.

—Tengo en casa los recibos.

—Digo que no es cierto lo del sol pintado.

—Pues está usted siendo la irrisión de todo el mundo.

—Bueno, deje usted que pase lo del *buffet* y verá usted lo que tardo en escurrirme.

—Lo que usted quiere es escurrirse sin pagarme los alquileres que me adeuda; y si no fuera porque nos están mirando aquellos obispos gordos, ahora mismo le rompía á usted cuatro muelas con la llave de gentil-hombre.



Inútil es decir que desde que supe lo del sol en la espalda, quedé pegado á la pared. ¿Qué otra cosa había yo de hacer para ocultar la mancha?

¡Bruto de mí, que, en la obscuridad de la casa del dueño del frac, y en mi precipitación al ponérmelo, no advertí que las huellas del huevo subsistían!

Ya no tuve un instante feliz. Me parecía que todas las damas se sonreían al verme, y hasta un recontralmirante de la Armada, con dos cipreses por patillas, dijo al pasar junto á mi, dirigiéndose á un diputado de la mayoría algo bizeo:

—¡Qué hermoso está esto, verdad? ¡Parece que da el sol en esta sala!

Me puse más encendido que el sol auténtico; porque el marino ilustre se burlaba indudablemente de mi huevo frito.

¿Y cómo no, si me había colocado de espaldas á un espejo, sin repararlo?

Empecé á sentir mareos; porque unas veces pasaba junto á mi el ministro que me dejó cesante el año ochenta y cinco, otras veces me miraba el marino guasón, y otras, en fin, se rozaba conmigo alguna dama de seno tan elevado como su estirpe, que, cuajada de perlas, me hacía pensar en mi esculpida Tiburcia, en mi *deficiente* esposa, la cual, lejos de disfrutar de semejantes *elevaciones*, anda siempre recosiendo como puede su vestidillo de lana y su capotita, que pare-

ce una zapatilla vieja con algas marinas alrededor.

Pretendí distraerme con los acordes de la música, pero fué en vano. Con mi molestia moral vino á complicarse de improviso un dolor abdominal agudísimo, y tuve que abandonar precipitadamente el Real Palacio sin probar bocado y sin haber dicho á la Reina:

—Tenga vuestra majestad muy buenas noches, y cuando venga por ahí el bruto de mi jefe, recomiéndele *usted* mi ascenso; porque si vuestra majestad no le pincha, no es Cuadradillo el que asciende, á no ser que Dios le llame á su santo seno!

¡Pobre Cuadradillo!

Creo que ha jurado no volver á pasar por la plaza de Oriente.

Anoche, dormido y presa de horrible pesadilla, no hacía más que nombrar al casero, al almirante, al sol, al huevo y al demonio, mientras su Tiburcia le pellizcaba diciéndole:

—¡Infame! ¡Ya sé para qué has ido al baile! ¡Para ver de cerca á esa pindonga de coronela de los brazos gordos que vive en la casa de la esquina y te tiene sorbido el seso!







## EL MAESTRO DE VILLAMBRONES

---

No hay un hombre que sufra  
más distracciones  
que el maestro de escuela  
de Villambrones.  
Para lavarse el rostro  
por la mañana  
suele llenar de tinta  
la palangana,  
y al espejo se mira  
tranquilamente  
y se cree que es un negro  
que vive enfrente,  
hasta que su señora  
le despabila  
dándole trece golpes  
con la badila.  
Si algún chico travieso  
de los que educa

le tira pelotillas  
á la peluca,  
acomete á cualquiera  
de sus vecinas  
y la rompe en un hueso  
las disciplinas.  
Que confunda los nombres  
es muy corriente.  
Al que se llama Río  
le llama Puente,  
y á Melitón Ricardo  
y á Luis Canuto,  
y al que se llama César  
le llama bruto.  
Por premiar al muchacho  
más distinguido,  
suele pedirle un duro  
(¡qué distraído!).  
Dice que tres por cuatro  
son diez y siete  
y que el primer rey godo  
fué Berruguete.  
Explicaba á los niños  
doctrina sana  
con el gorro en la mano  
cierta mañana,  
y á mirar su cabeza  
fui por lo mismo.  
¡Le tapaba los sesos  
un catecismo!  
Tiene una gran pelleja  
su señoría

para explicar en clase  
geografía  
y en la cuna del niño  
que *Dios* le ha dado  
tiene el mapa de España  
todo calado.  
Cuando á escribir enseña  
(¡qué majadero!)  
suele mojar las gafas  
en el tintero,  
y hace unas eles grandes  
como cerrojos  
con la pluma en el sitio  
de los anteojos.  
Distracciones á miles  
padece, en suma.  
Cuando se mama el dedo  
se cree que fuma,  
y hasta cobra dos veces  
el pobrecillo  
si se descuida el padre  
de algún chiquillo.  
Por lo tanto, el que sabe  
su vida extraña,  
dice con fundamento  
que en toda España  
no hay un hombre que sufra  
más distracciones  
que el maestro de escuela  
de Villambrones.

---







## LA MIEDITIS DE DON JUDAS

---

Así hablaban ayer noche  
mi amiga doña Milagros  
y el cobardón de su esposo,  
don Judas Canguelo y Blanco,  
burgueses del propio Burgos,  
que ocupan un piso bajo  
con entresuelo en la calle  
del Candil número cuatro.

—¡Hija, qué horrores nos cuentan  
*El Imparcial* y *El Herald*!

Si siguen así las cosas,  
no sé lo que va á pasarnos.

—¡Ay, Judas! Hace unos días  
estás más patibulario...

—Mujer, es que el anarquismo...

—¡Qué anarquismo, ni qué diablos!

—Desengáñate, querida,  
ya está el melón empezado.

Los que en Barcelona urdieron  
la matanza en el teatro,  
traen cola, y el mejor día  
vienen á Madrid pegando.

—Si traen cola, quizás peguen.

Pero no te dé cuidado,  
que á nosotros no nos matan.

—Vive alerta, por si acaso.

¿No ves cómo algunas noches  
entran dos hombres extraños  
en la taberna?

—Son novios  
de las muchachas de al lado.

—Y no juraba el más grueso  
anoche, medio borracho,  
que iba á hacer albondiguillas  
con sangre de cortesanos  
y tuétano de arzobispos  
y lomo de propietarios?

—¡Y qué! Vigil, el portero,  
¿no es miembro del cuerpo humano  
de vigilancia? ¿Y no has visto  
que pasa el día observándolos?  
Si Vigil no los vigila,  
no sé quién va á vigilarlos.

—¡Mira que si se enterasen  
de todo lo que guardamos  
de valor!... Por si hay saqueo,  
ya puedes meter debajo  
de un baldosin los tres duros  
que tenemos y los aros  
y los botones de nácar



y el vestido jaspeado  
y el de color de ama seca  
y el reloj de metal blanco.  
—Después, que hagan de nosotros  
lo que gusten.

—¡Ni pensarlo!

¡Qué pena si nos matasen  
ó si nos cortasen algo!  
—Eso sí, querido Judas,  
pues te juro por San Pablo  
que prefiero verte muerto  
á verte descabalado.

Mas desecha esos temores  
y haz lo que yo: no hacer caso.  
¿Sabes la que ayer decían  
en la tienda de Venancio?  
Que cuando llegue el saqueo,  
la degollina y los varios  
festejos que nos preparan,  
ni dejarán bicho sano,  
ni casa pobre ni rica  
sin registrar.

—¡Ay, Milagros,  
qué miedo!

—En fin, solamente  
van á respetar los cuartos  
desalquilados.

—Entonces  
ya sé qué hacer.

—¿Qué?

--Mudarnos  
un mes antes con los muebles

à un piso desalquilado.

—Bueno, deja esas tontunas,  
y ponte el hongo y el saco  
y vámonos à la calle,  
que esto está muy *calefacto*  
con el chouberski hecho un ascua,  
y el calor te pone malo.  
Por cierto que à mi me chocan  
tus miedos, cuando este cuarto  
siempre está más anarquista  
que Pallàs.

—¿Por qué, Milagros?

—Pues... porque está *echando bombas*.

—Tienes razón

—¿Vamos?

—Vamos.

---



## UN SUEÑO RARO

### I

#### LA BASE DEL SUEÑO

**Q**ue acosté bajo la impresión de una noticia que me habían dado aquella tarde.

Mi condiscipulo Pimentónez se había casado con una mujer vieja y pobre, después de haber disfrutado tres esposas jóvenes y ricas.

Se conoce que esto impulsó á mi cerebro á soñar la mayor de las extravagancias.

Verán ustedes.

Todos los españoles estaban hartos de las mujeres que habían elegido, ya como esposas, ora como amantes. La vida resultaba insoportable y se imponía una enérgica determinación colectiva que pusiera término á tanto malestar.

Cuando todos mis compatriotas se halla-



ban à punto de enloquecer, un ser sobrenatural, un ànima en pena (no recuerdo à punto fijo si la de Alfonso el Sabio ó la de Perico Manguela), aconsejó à los poderes públicos la celebración de un sorteo de mujeres para que cada hombre se casara con la que le correspondiese, comprometiéndose à vivir siempre con ella.

Como todos estaban disgustados, la esperanza de pasar à mejor vida les halagó extraordinariamente.

Ni las edades, ni las fortunas, ni las demás condiciones físicas y sociales fueron tenidas en cuenta para efectuar el arreglo; solamente la suerte decidía, y era inútil pensar en apelación alguna.

## II

### RESULTADOS DEL SORTEO

Aunque parezca imposible, se celebró el sorteo en medio del mayor orden; y como había igual número de caballeros que de señoras, no quedó plaza alguna vacante.

Y aquí entra la parte notable de mi sueño. Verificada la distribución, todos y cada uno de los interesados nos vimos atacados por la curiosidad de conocer qué mujeres habían correspondido en suerte à nuestros parientes, deudos y amigos.

















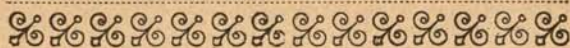












## CON EL ESTRIBO EN EL PIE.

**A**SI me dijo mi amiga Luisa Torbellino que se hallaba estos dias «con el estribo en el pie.»

¡Qué encuentro tuve ayer con ella en la calle de Alcalá! Nunca olvidaré el diálogo que sostuvimos.

—Señora ¿cómo está usted?

—Muy mal, y muy mal, le pre-

—Había caído.

—En partos que reside

—Delgado.

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—Pues,

—¿Con quién?

—Con una profesora

en Pontevadra

ver si cambió con Sínesis

—¿Pues?

—Con su suegra.

—¿Y?

nada, si logras hacer el cambio

—¿Y?

—Mucha gracia.

Después me encontré al ama que me crió

—¿Y?

—¿Qué es eso?

—¿Qué me na tocado un esposo *manífico*.

—¿Quién es?



llesta de la sorda y está, más concuñada que una travesía.

Después he ido á la calle de Madame Josefina, á ver á Isabel la Católica, que es mi niña de cámara desde que yo era modista.

Si usted viera el bizco que me acaba de hacer, se quedaba usted vestido de lanilla.

¡Cómo lo voy á lucir en el calor cuando San Sebastián apriete! Supongo que con este mundo y los otros trajes que llevo en el siete, los bañistas que me encuentren en la boca se quedarán con la playa abierta.

¡Pues no sabe usted los días de verano que me han arreglado en estos últimos sombreros! Uno es de moda blanca de Italia, según la última paja. Otro, que es de crema color de opio, seguramente va á dar la puntilla. Otro...

—¿Y no lleva usted alguno adornado con flores y frutas?

—Sí; el más raso de todos lleva trozos de bonito azul, espuelas de Toro y guindas de caballero.

—¡Vaya, vaya! Estará usted rendida.

—Crea usted, dolor mio, que tengo un gran amigo en todas las articulaciones. Y aún he de hacer algunas calles por esas compras de Dios.

—¿Qué es lo que va usted á comprar?

—Una hermana de cuero negro claveteada, como la del marido de mi maleta; seis

pañuelos de metal blanco; media docena de cuchillos para la nariz; salchichón por si llueve; un paraguas por si tengo apetito; ligas andaluzas como las de mis vecinas verdes; una escofina Losada para postre; queso manchego para los callos; una chambra para la perrita; un bozal para la doncella, algo-dón en dulce, jamón en rama, jarabe para el pelo y horquillas para la tos.

¡Cuánto sufre el estribo antes de que una ponga el bolsillo en el pie!

Pero no me renta nada el gastar en esto mi considerable pesa; porque usted no sabe cómo se me pone todo el verano en cuanto el cuerpo se echa encima. Los granos se me llenan de brazos, mi estómago palidece, mis mejillas rechazan todo alimento, la ola de mis venas pide baños de sangre y mi médico de reputación, que tiene muy alta la cabeceira y es un señor muy repetido, me lo tiene sumamente almibarado: —«Si no sale usted del horno de esta madre, le pasará lo mismo que á su difunta corte, que por no ir á remojarse al Camposanto, está hoy en el Sardinero de un nicho, llorada por los gusanos y roida por los parientes.»

Aparte de esta Guipúzcoa, yo quiero ir á la capital de la consideración, y charlar allí con los *boulevares* intimos, y pasear á lo largo de mis amigos, y apostar en los sombreros y ponerme distintos frontones en la cabeza y lucir mis playas en las formas del



Señor, ya que tan redondas me las ha dado San Sebastián.

—¡Bravo, Luisita! ¿Y deja usted la casa cerrada?

—La dejo al cuidado de *La Garriga*, como cuando estuve en los baños de la portera. La pobre buena es tan ausente, que mientras yo estoy Clara, ella recibe los pisos, friega los recados, y, sin desatender á los colchones, saca de mi cama los vecinos para sacudirlos de vez en cuando.

—Pues que lleve usted feliz viaje.

—Adios; recuerdos á toda la salud, y que tenga usted mucha familia este verano.

.. . . . .

Y dicho esto desapareció por la calle de las Cruces; yó me quedé haciendo Torres (como diria la famosa viajera) y me fui á la calle de los Tres amigos á comer en compañía de cuatro peces de buen humor.

---



## LAS OFICINAS EN VERANO



Pues, señor, hace tres años  
estoy, lectores queridos,  
gestionando me despachen  
un asunto muy sencillo.  
Al Ministerio del ramo  
llegué ayer sudando el quilo.  
Los porteros dormitaban  
en medio de los botijos.  
Me introduje en un despacho  
que ya me era conocido;  
mas lo tienen tan á oscuras  
por miedo á que los mosquitos  
y las moscas dejen huellas  
en los expedientes miseros,  
que allí saludé á un armario  
creyendo que era un amigo.  
—¿Y el señor Porra?

—Está ausente.



—Pues le esperaré un ratito.

—Si espera usted al señor Porra va usted á cansarse muchísimo, porque ahora está con licencia tomando baños en Trillo.

—¡Ah, vamos! ¿Y el señor Gómez?

—En Santander.

—¿Y Don Pio?

¡Ese estará de seguro!

—Sí, de seguro está en Pinto.

—¡Hola! ¿Y quién le sustituye cuando él se va?

—Don Remigio,

el que se sienta ahí enfrente.

—¿Y cómo no está en su sitio?

—Porque casualmente anoche se marchó á Vitigudino para asistir á su abuela, que está con el garrotillo.

Entonces yo, amostazado, poniendo el cielo en el grito, dije:— Señores, ¿qué es esto? ¿A qué extremo hemos venido? ¿Conque ya no hay quien me entere de mi asunto?

—Señor mio,

¿yo no soy nadie? (responde el escribiente ofendido,

abanicándose el rostro

con la copia de un oficio);

Además, en esa mesa

tiene usted á Escarabajillo,

que podrá informarle.

—Gracias.

El coleóptero aludido  
está en mangas de camisa  
durmiendo como un bendito,  
echado sobre el pupitre  
y lanzando unos sonidos  
que, más que de oficial cuarto,  
parecen de bombardino.

Le rodean expedientes  
polvorientos y amarillos.  
Fraternizando con ellos  
está en la mesa un servicio  
de limón y de cerveza  
que consumió el susodicho  
auxiliar, que con tres dedos  
en el tintero metidos  
por distracción, y además  
con seis ó siete centímetros  
de lengua fuera, presenta  
el aspecto más ridículo.

De pronto saca la mano  
de su tintero, y dormido  
la planta sobre un decreto  
que estaba poniendo en limpio  
el escribiente, que al verlo  
le da un capon. Al sentirlo  
el agraciado, se estira  
y envía lo menos cinco  
legajos á la ponchera.  
Esta pierde el equilibrio  
y se me cae sobre un callo,

lo cual me hace dar un grito.

El funcionario despierta,  
y en la calva el muy cochino  
se restriega aquella mano,  
que tiene el aspecto mismo  
de un calamar en su tinta.....  
y se queda tan tranquilo.

Una vez despierto el hombre,  
le pregunto yo con mimo:

—¿El Director ha informado  
acerca de mi asuntillo?

—Aquí tengo el expediente  
(responde el oficialito),  
pero no le hemos tocado  
lo menos desde principios  
de Febrero; y ahora, á causa  
de este calor excesivo,  
de siete auxiliares que éramos,  
están con licencia cinco.

Después de oír los horrores  
que aquel avestruz me dijo,  
no supe si darle un beso  
ó si pegarle dos tiros.

Pero, ¿qué hacer? Lo que hice:  
callarme, tragar dos litros  
de saliva y dar las gracias,  
pues si me enfado, de fijo  
que tras de no despacharme,  
van y me tiran un libro  
á la cabeza, ó me meten  
por un ojo un cuadradillo.

Sali de allí renegando



del verano y del Ministro,  
y diciendo: «A ver qué ocurre  
así que lleguen los fríos.  
Aunque, si no hay para Enero  
funcionarios con permiso,  
los habrá con pulmonía,  
que para el caso es lo mismo.»

---





## ¡BUENO ESTA EL ARTE!

Hoy día toda joven medio decente  
tiene ya su pianito correspondiente.  
Mas para cada alumna, según mi cuenta,  
hay cuatro profesores, si no hay cuarenta.  
La competencia es grande, y así se ex-  
[plica

lo que padece el pobre señor Malpica,  
profesor de las hijas de don Rodrigo  
Lamparón de Manteca, mi buen amigo.

Sólo por tres pesetas á la semana  
da lecciones de piano por la mañana  
á Ildefonsa, Ruperta, Bruna y Fabricia  
y por la tarde á Rufa, Tecla y Patricia.

Item más: si dan bailes las de Manteca,  
toca valeses y polkas de Straus y Chueca,  
y en tanto que descansa la gente joven,  
toca piezas de Weber ó de Beethoven.

Mas como hay tanto *genio* que se dedica



á enseñar por dos cuartos, tiene Malpica que extender sus servicios de una manera que sería humillante para cualquiera, pues no cuida tan solo del instrumento y le afina las cuerdas en un momento y barniza sus patas en cualquier rato, si es que en ellas la uñas se afila el gato, sino que á veces, dando tregua á las notas corta el pelo á Manteca, limpia las botas, compra piezas de baile, nuevas y usadas, y proporciona novios á las criadas.

¡Pobrecitos artistas! Porque, á ese paso, muy fácilmente puede llegar el caso de que inserte este anuncio cualquier

[maestro,

aunque en cuestión de solfa pase por diestro:

*«Leccion á domicilio.—Don Juan Pedales da lecciones de piano por cinco reales con aseo, elegancia y economía, y si hay niños de pecho, también los cria»*

¡Cuerno! ¡Cómo está el arte! ¡De qué ma-

[nera!

¡Bien lo dice la chica de mi portera, que va al Conservatorio, toca á sus anchas... y tiene la escalera llena de manchas!



## EL HOMBRE DE LAS PESADILLAS

**A** sí como hay hombres que sufren de las muelas, ó que se llenan de ingleses, como pudieran llenarse de sabañones, ó que son desdichados en sus negocios hasta el punto de que todo se les tuerce, mi amigo D. Sisenando Triquiñuela vivía martirizado por los sueños todas las noches de Dios.

¡Y cuidado que el hombre procuraba dormir tranquilo! Pero no hallaba medio de sustraerse á la acción de las pesadillas, que para él eran harto pesadas.

Consultó el caso con los doctores más conspicuos, y éstos hicieron todo lo posible para volverle loco.

Uno le recetó fricciones en el espinazo con salsa de calamares. Otro polvos insecticidas en ayunas. Otro le mandó bromuro, como si el padecimiento fuera cosa de bro-



ma. Este le ordenó la quietud absoluta; aquél el movimiento continuo, y el de más allá un ejercicio moderado.

Pero nada; D. Sisenando soñaba á todo soñar.

Probó á dormir boca arriba, boca abajo, de costado, en cuclillas, con los pies sobre la almohada, con una caja de mazapán encima de la cabeza, solo, con su señora, con un perro de caza, con una prima suya de Badajoz... ¡todo inútil! A los cinco minutos de acostarse rompía á soñar como un desesperado.

Ha tenido épocas de soñar cosas espeluznantes; como, por ejemplo, que la portera subía con un cuchillo y le cortaba el pescuezo, ó que un toro le rebañaba con los cuernos las vísceras más importantes, ó que se caía desde un tejado, aplastando en la calle á dos ó tres canónigos.

Otra temporada tuvo en que soñaba cosas extravagantes. Que el bigote se le había puesto verde; que sus zapatillas andaban solas; que el río Manzanares llevaba agua; que habíamos quedado bien en la cuestión de Marruecos... en fin, verdaderas rarezas.

No hay para qué decir que el pobre señor se levantaba de la cama completamente mareado, y que su señora era una mártir del catre.

¡Cuántas veces oía la criada, curiosa de



suyo, esta ó parecida conversación á las altas horas de la noche!

—Sisenando. . Sisenando...

—¿Quién va?

—¡Despierta, por Dios, que me has reventado un ojo!

—Estaba soñando que me atracaban.

—¿De qué?

—De nada. Era que me robaban y yo me defendía

—Pues hazme el favor de corregirte. O sueñas cosas más tranquilas, ó te vas á dormir debajo del fregadero.

—¡Perdóname, Torcuata! Si no lo puedo remediar. Pero yo te prometo que en cuanto me asalte otra vez la pesadilla, yo te avisaré para que me despiertes.

Durante unos cuantos meses tuvo D. Sisenando el don de adivinar en sueños. Cosa que soñaba, cosa que *salía*.

Soñó una vez que iban á dejarle cesante, y le dejaron; otra vez soñó que á su criada le iban á dar un veneno. . y la dieron dos; soñó cierta noche que le daban una vara de alcalde y, efectivamente, al día siguiente no le dieron una vara, pero le dieron un palo, que es cosa muy parecida; soñó, en fin, que la nariz le había crecido extraordinariamente, y también acertó, porque una corista, de quien obtenía favores, le dejó con un palmo de narices.

No tardó en cundir entre los amigos de

D. Sisenando su cualidad de adivino, y es inútil decir lo festejado que fué durante algún tiempo, hasta que se le acabó la virtud y comenzó á dar pifias.

La siguiente pesadilla le acabó de desprestigiar.

Había soñado que su vecino López se entendía con la portera. Comunicóselo al interesado, que recibió un alegrón. ¿Pero saben ustedes lo que sucedió? Que quienes se entendían eran la señora de López y el portero.

Desde entonces todas las pesadillas le fracasaban.

Bastaba, por ejemplo, que D. Sisenando soñase una baja en el precio de la meriuza, para que la merluza encareciese.

Le dió por soñar que su casero, que estaba muy demacrado, fallecería de un momento á otro, y el casero se puso en cuatro días más gordo que Berges.

El penúltimo sueño del pobre Triquiñuela fué verdaderamente notable. Se hallaba en medio de un jardín fantástico, rodeado de plantas tropicales (como decía su mujer), bajo un dosel de guirlache y piedras preciosas, aspirando ricos perfumes, desde el del heliotropo hasta el de la cebolleta, escuchando música celestial y gozando de las caricias de una caterva de hadas, ondinas, silfides, náyades y ribeteadoras en *coritatis*.

De repente surgió de entre las matas un moro enorme, y cogiendo al protagonista



del sueño y dándole por detrás una puñalada traperera, le hizo caer al agua y le dejó *seco*, aunque parezca imposible.

Tal fué la pesadilla de D. Sisenando. Al soñar que el moro le asestaba el golpe, dió el pobre señor uno morrocotudo, cayendo al suelo desde el tálamo. Y no fué esto lo peor, sino que se encontró sorprendido con la ausencia de su señora. En vano la buscó para que le pusiera una bizma ó le diera un té; pues la buena mujer, harta de pesadillas, habia desaparecido para siempre.

Hemos llamado penúltimo al referido sueño, porque à la noche siguiente y de resultas de la conmoción cerebral que habia sufrido en los riñones, dormia D. Sisenando el sueño eterno.

O lo que es lo mismo, se habia escurrido pal otro barrio, como nos dijo su cocinera.

Ignoramos lo que habrá soñado después.







## DESDE VILLAPELONA DE ABAJO

(A SINESIO DELGADO.)

Querido amigo Sinesio:  
Todos los años te escribo  
desde el pueblo en donde paso  
los rigores del estio,  
y ogaño no ha de ser menos,  
por lo cual la pluma enristro  
y en un modesto romance  
mis impresiones te envío.  
¡Qué año más calamitoso!  
Aquí todo está perdido,  
desde la cosecha de ajos  
hasta la mujer del sindico.  
Año tan malo como éste  
jamás le hemos conocido.  
Los frutales de los huertos  
producen frutos raquiticos;  
árboles que daban antes  
melocotones gordisimos,



ogaño dan azofaifas...  
y se quedan tan tranquilos;  
los ciruelos dan alpiste,  
dan lentejas los olivos,  
las mozas dan calabazas  
y las viñas el gran timo,  
pues aunque hay cien, con sus uvas  
adheridas a un rabito  
podría formarse ogaño  
escasamente un racimo.  
El alcalde, que hoy no tiene  
solo un grano sobre el piso  
del granero, tiene doce  
muy cerca de los cuchillos  
del pantalón. Los *ganados*  
(cosa rara) están *perdidos*.  
Los inocentes lechones  
tienen pálido el hocico;  
las cabras tienen ojeras  
y lanzan hondos suspiros;  
las ovejas están sordas,  
pues padecen del *oidium*;  
los bueyes no sé qué tienen  
que andan siempre despacito;  
las mulas más distinguidas  
fallecen de garrotillo  
y hasta el sacristán se encuentra  
con esparavanes místicos.  
Los pozos están sin agua;  
hoy sólo hay agua en el vino,  
y hasta son los alimentos  
tan flojos, que da lo mismo



echarlos en el estómago  
que echarlos en el bolsillo.  
No hay un real en todo el pueblo.  
Baste decir que un tal Pío  
que á poco de mi llegada  
me daba siempre un cabrito  
de tres ó de cuatro meses,  
este año, en cuanto me ha visto,  
de tres ó de cuatro duros  
me ha dado un sablazo indigno.  
Te aseguro que esta villa  
va ogaño por mal camino:  
la fe entibiada, el impuesto  
de consumos crecidísimo,  
la cultura por las nubes,  
por tierra los edificios...  
Los pájaros, que otros años  
deleitaban con sus trinos,  
hoy desentonan de un modo  
que da vergüenza el oírlos;  
las mujeres dan al mundo  
de tres en tres los chiquillos  
y hasta los mozos se arrojan  
al conyugal precipicio.  
En fin, todo está viciado,  
¡todo, todo está perdido!  
Únicamente el maestro  
de escuela, don Bernardino,  
es el que ogaño se encuentra  
mejor que nunca, y lo digo  
porque el catorce de Mayo  
falleció como un bendito,

según dicen, de resultas  
de un cólico de guarismos.  
Esto es todo. Adiós, Sinesio;  
voy á coger unos higos  
á la huerta; por lo tanto,  
concluyo el romance y firmo.

---



## NUEVO GUIGNOL



### I

—Conradito.

—¿Qué, mamá?

—Así que se ponga el sol,  
la chacha te vestirá  
para llevarte á *Guignol*  
á una función de fantoches.  
¡Si vieras tú qué de palos  
se atizan todas las noches  
por picaros y por malos!  
Di á la chacha que se vista.  
Te has de reir como un tonto.

.....  
—Mamá, la chacha está lista.  
—Pues andad... y volved pronto.

### II

Salen la chacha y Conrado,  
cruzan la Puerta del Sol,



y van á un barrio apartado  
en lugar de ir á *Guignol*.  
Penetran en la tahona  
del novio de la muchacha,  
al que por mala persona  
le apodan el *Poca-lacha*.  
Se ven; sus quejas se dan  
y se meten en harina,  
y entre tanto, ve hacer pan  
Conrado, que está que trina;  
pues por más que sale y entra,  
sólo se logra aburrir,  
y en aquel sitio no encuentra  
nada que le haga reir.  
El novio la llama infiel  
á la novia, que iracunda  
le increpa, y entonces él  
la da una soberbia tunda,  
hasta que ella sofocada  
y el niño de calma en pos,  
regresan á su morada  
dándose al diablo los dos.

## III

—¿Cuál era *Guignol* de aquéllos?  
—Ninguno. Iremos mañana.  
Por hoy ponle cuatro sellos  
á tu boquita de grana  
y no me acuses, por Cristo.  
Di que á *Guignol* te he llevado

y que todo lo que has visto  
 hacer allí te ha gustado.  
 Di que aparece el demonio,  
 y un barón, y una pasiega;  
 que un paje, que es un bolonio,  
 ve á su mujer y la pega,  
 y á ella se le caen las ligas,  
 y al fin se mata el barón;  
 y... como así no lo digas,  
 te tiro por el balcón.

## IV

—Hola, mamá.

—Adiós, Conrado.

¿Qué tal?

—Bien; pero no quiero  
 volver.

—¿No? ¿Pues qué han echado?  
 ¿*Periquillo el molinero*?

—Sí; salían unos hombres  
 llenos de harina y muy malos.

—¿Y no recuerdas sus nombres?

—Sólo recuerdo sus palos.

—Se pegaban, ¿no es verdad?

—Solamente el *Poca-lacha*  
 la zurraba sin piedad.

—¿A su suegra?

—No; á la chacha.

—¿Qué me dices?

—Te confieso

que á la chacha.

—¡Qué simpleza!

¿Pero en dónde ha sido eso?

En mitad de la cabeza.

—¿Qué función has presenciado?

Dimelo, que es un capricho.

—¡No puedo! ¡Se me ha olvidado lo que la chacha me ha dicho!

---





## EL PARAISO TERRENAL

*La Ruperta.*—Señorito...

*Yo.*—¿Qué hay?

*La Ruperta.*—D. Liborio Pingajillo pregunta por usted.

*Yo.*—No conozco á ese señor.

*La Ruperta.*—Trae una facha muy mala, y además una tarjeta de D. Indalecio Pebete.

*Yo.*—¡Ah! ¿Si? Pues tampoco sé quién es D. Indalecio. En fin; que éntre ese Pingajillo y veremos qué se le ofrece. No sé por qué me huele á sablazo esta visita.

.....

*Pingajillo.*—¿D. Juan?

*Yo.*—Servidor de usted.

*El.*—Mi amigo Pebete me ha dicho: «Vete á ver al Sr. Zúñiga, que es un escritor sincero en sus apreciaciones y no muerde.»

Yo. — (Con intenciones de desmentirle).  
Bueno: ¿y qué más?

El. — (Sacando del bolsillo un bulto que más bien que un manuscrito parece una pieza de madapolán.) ¿Vé usted esto que saco del bolsillo? Pues antes lo he sacado de mi cabeza.

Yo. — ¿Y qué viene á ser eso?

El. — Un drama en siete actos titulado *El Paraíso terrenal*.

Yo. — ¿Y viene usted á disparármelo?

El. — Sí, señor. Deseo que usted me dé su opinión...

Yo. — Siendo la opinión pelada, sin mezcla de moneda alguna, yo se la daré gustoso. Pero le advierto á usted que habrá pocos autores con menos títulos que yo para dar consejos acerca de obras teatrales. Aunque llevo estrenadas catorce, y algunas (pocas) con éxito excelente, creo que tengo de verdadero autor dramático lo que tenía mi abuela de gladiador romano.

El. — Esa franqueza me cautiva.

Yo. — Me conozco bien. A quien no conozco ni bien ni mal es al recomendante de usted. Pero, en fin, veamos ese *Paratso*, y Dios tenga piedad de nosotros.

(El bueno de Pingajillo se pone en pie, se cala unas gafas tan deterioradas que carecen hasta de cristales, y da comienzo á la lectura de la manera siguiente):



## «EL PARAÍSO TERRENAL

DRAMA BÍBLICO EN SIETE ACTOS Y EN VERSO,  
ORIGINAL DE DON LIBORIO PINGAJILLO.

*Fuente Saúco 13 de Mayo de 1890.»*

*Yo.*—¡Ah! ¿Terminó usted su drama en Fuente Saúco?

*El.*—Sí, señor; en medio de un garbanzal.

*Yo.*—Bueno. Adelante.

*El.*—«Acto primero. Personajes: Eva...»

*Yo.*—¡Alto ahí! ¿La saca usted á escena desnuda completamente?

*El.*—No, señor; con la hoja de parra.

*Yo.*—¡Ya! Siga usted.

*El.*—«Adán... con su correspondiente hoja y con tirantes. Las hijas de Eva. Cain. Abel. El Sumo Hacedor. La serpiente. Dos ángeles de orden público y un dromedario que no habla. Además, leones, panteras, faisanes, truchas, abejorros, madrêporas, banda militar y gente del pueblo.»

*Yo.*—¡María Santísima!

*El.* No; esa no sale hasta el quinto acto.

*Yo.*—Bien; la había nombrado por vía de exclamación de asombro. Como pudiera haber dicho: ¡carácoles! ó ¡zambomba! Prosiga usted.

*El.*—«La acción se desarrolla en el Parai-



so terrenal, á mano derecha conforme se entra. En el foro, paisaje. Plátanos y cocoteros que se pierden á lo lejos.

*Yo.*—(¿Por qué no se perderá á lo lejos todo el drama?)

*El.*—A la derecha, en segundo término, el mar Mediterráneo con ballenas. ¿Qué le parece á usted?

*Yo.*—Que ya estoy viendo á Eva utilizándolas para sus corsés.

*El.*—¿Pero no cree usted justificada la presencia de los cetáceos?

*Yo.*— ¡Ya lo creo! Es más; yo pondría en el fondo el submarino Peral.

*El.*—Voy á seguir. «A la derecha, en primer término, un melonar. A la izquierda, cerca del foro, una gruta con estalactitas y otros animales. A la entrada de la gruta dos sillas de Vitoria. En primer término izquierda cuatro ciruelos claudios y un velador con recado de escribir. Todo ello deberá revestir el carácter de aquella remota época, incluso la luna, que aparecerá por encima de los plátanos y se ocultará por detrás de las sillas de Vitoria. Durante las treinta y cinco escenas primeras, varias tortugas cruzarán el lugar de la acción dirigiéndose miradas significativas. Otros animales asomarán la cabeza por el horizonte. El director de escena cuidará de que los comparsas que hagan de insectos tengan el tamaño adecuado para el mejor efecto de la representación. El papel





*El.*—¡Naturalmente! Y dice luego:

*Adán.*—¿Vamos, mujer, á reposar un poco sobre un lecho de flores?

*Eva.* Como quieras.

Pero no te me pongas como un loco, porque sabes que espantas á las fieras.

*(Se cojen del brazo y desaparecen entre unas chumberas muy desarrolladas.)*

¿Qué le parece á usted esta desaparición?

*Yo.*—Oportunísima, Sr. de Pingajillo; pero no sé por qué me parece también que me va faltando ya la paciencia para escuchar tanto disparate. Conque, si usted no lo lleva á mal, podemos representar aquí la última escena. Usted era Adán (papel que, por las trazas, puede usted hacer sin gran esfuerzo). Esta casa, aunque suele ser un infierno, ahora suponíamos que era el Paraiso. Ese Sr. de Pebete que le indujo á usted á leerme el drama, era la serpiente, y yo, reservándome el papel de Sumo Hacedor, le arrojaba á usted del Paraiso inmediatamente. ¿Qué le parece á usted?

*El.*—Que estoy al cabo de la calle, ó mejor dicho, lo estaré pronto. ¡Pero si quiera deme usted la manzana!

*Yo.*—¡Ya decía yo que esta visita me olía á sablazo! Tome usted. (Y le solté tres pesetas.)

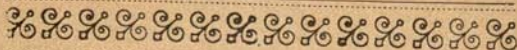
Mi buen Pingajillo cogiólas con gran jú-



---

bilo; y metiéndose en el bolsillo el *Paraiso terrenal* con todos sus animales, tomó las de Villadiego, decidido, según me dijo, á repetir la suerte en los respectivos domicilios de Ramos Carrión y de Vital Aza.





## EL SANTIAGO DE VILLACHUPADA

*A mi buen amigo Luis Royo Villanova.*

De la iglesia de Villachupada  
en el viejo retablo se encuentra  
un Santiago berrendo en gendarme,  
que al hombre más frío de asombro le llena.

¡Qué Santiago tan raro, Dios mío!  
¡Virgen santa, qué imagen aquella!  
¡Si parece mentira que el cura  
tamaño esperpento permita en la iglesia!

¿Qué escultor ha tallado la imagen?  
¿Qué es lo que hacen que no le procesan?  
¡Si no hay fiel que al mirar á Santiago  
no sufra terribles dolores de muelas!

El jinete es más grande que el potro  
por lo menos dos veces y media.  
Figurándote tú á Vital Aza  
montado en un gato, tendrás una idea.

Al caballo, que es tuerto y que tiene  
solamente dos patas enteras,



le han pintado de verde la tripa  
y el lomo con rayas color de canela,  
y el jinete, que á falta de casco  
va cubierto con una sopera,  
lleva un saco de noche á la espalda  
y un sable de talco en la mano derecha  
y un cigarro asomado á la boca  
y un refajo amarillo en las piernas  
y una banda de Carlos tercero  
clavada en el pecho con cuatro tachuelas.

Del tacón de una bota vió el cura  
que al patrón le faltaba una espuela,  
y á la bota clavó un sacacorchos  
y hará un año ó más que Santiago lo lleva.  
A los pies del corcel y entre sangre  
puedes ver dos ó tres berengenas  
con turbante y con barba, que indican  
que imágenes son de morunas cabezas.

Hállanse rodeando al jinete  
varias nubes también de madera  
y que tienen, más bien que de nubes,  
aspecto de escombros de casa muy vieja.

Y por si algo faltaba, se advierten  
en las barbas del santo las huellas  
de lechuzas que allí por las noches  
en pos del aceite sin miedo se cuelan.

Sin embargo de ser así el pobre  
(¡lo que pueden la fe y la inocencia!),  
los vecinos de Villachupada  
le alaban, le admiran, le cantan, le rezan  
y á él acuden cuando es necesario  
y á él le piden salud y cosechas,

y Santiago, subiendo á los cielos,  
consigue al instante las cosas que ruega.

¡Y es que Dios, al notar su llegada,  
sin que el santo traspase la puerta,  
le complace. ¿Por qué? Por no verle  
ni barbas, ni potro, ni casco, ni espuelas.

---







## LOS CHULOS EN EL CONCIERTO

---

—Córrete un poco, Manolo.

—¡Si éste es mi asiento, Calixto!

—¿Estas bien?

— Si no me hincase  
las rodillas el vecino  
de atrás por el espinazo,  
mejor que yo... ni el obispo.

—Pero ¿qué función es ésta?

—Yo no lo sé.

—Por lo visto,  
too se vuelve sinfonía.  
—¡Pues no nos han dao mal timo!  
—Dicen que este es un concierto  
destrumental manífico,  
too de piezas eclesiásticas  
y de autores encogidos.  
—¡Que se cayen donde toca  
la música del Hospicio!

¡Esa sí que tié pulmones  
pa las polcas y los *hignos*!

.....

—¿Pero oyes qué sonsonete?

—Si es verdad lo que man dicho,  
eso es el Ave María  
de Bulldog.

—¡Anda! ¿En el circo?

¿Pues qué dejan pa la iglesia,  
las coplas del Barberillo?

¡El Ave María! ¡Vamos!...

Y lo de enantes ¿que ha sido?

—Pué que fuera el Padre nuestro.

—Bueno, callemos el pico,  
que hay quien gruñe porque hablamos  
y me repudro muchismo.

—Pues yo voy á echar la siesta  
tan y mientras dan principio  
á la comedia ó al dracma.

—¿Sí? ¡Fácil es, con el pisto  
manchego que están armando  
los vigulines malditos!

.....

—¿Sabes qué es eso que tocan,  
según dice ahí un amigo?

«La abertura de Clopatra.»

—¿Y quién es Clopatra?

—Un pingo  
debe ser. (*La orquesta llega  
al crescendo famosísimo  
de la overtura*)

—¡Eh! ¡Ya basta!

¿Dónde vais con tanto ruido?

—Cállate, que es un crescente lo que tocan.

—Quién lo ha dicho?

—El gachó de al lao, que sabe de solfa más que Lepijo.

.....

—Miá tú qué vecina tengo pegada á mí.

—Te la envidio.

—Yo me insinudo con ella.

—No metas la pata, chico, que te está mirando el tigre que la trae... ¿Quiés un pitillo?

—Ni en el tranvía, ni aquí se fuma.

—¿Y cuándo salimos?

—Cuando acabe la *tocata*.

—¡Cudiaó que eres atrevido!

.....

—¿Te apuestas á que no empiezan hoy la comedia ni á tiros?

—Me se antoja que á este paso vá á ser el día del juicio

cuando bajen los violones

á tocar donde es debido.

—Miá no se queden arriba...


—Por si acaso, alza, Calixto;

vamos á Apolo, que allí


ca cual trabaja en su sitio.







## AL GLORIOSO SAN ROQUE



### I

**P**UES señor, éste era (y continúa siendo) un pueblo llamado por mal nombre Villacarpanta.

Todos sus vecinos tienen el privilegio de ser más brutos que los demás habitantes del globo.

Hay una excepción: el alcalde.

Este goza de otro privilegio.

Del de ser más bruto que sus convecinos.

Pues bien, sabrán ustedes que los villacarpantanos tienen un patrón con calabaza y perro.

Ya supondrán ustedes que no aludo a la Virgen del Carmen, sino a San Roque bendito.

¡Y cómo le veneran!

Lanzar públicamente una blasfemia en

Villacarpanta es cosa que pasa desapercibida.

Faltarle á San Roque es horrendo delito. Y quien dice á San Roque, dice á cualquier miembro de su familia.

Hay que advertir que la imagen que tal entusiasmo les inspira es la manifestación más desdichada del arte escultórico que puede concebirse.

Verdad es que su autor fué un tal Bonifacio, que floreció como mancebo de botica allá por los siglos xv y xviii.

No quisiera pecar de irreverente, pero el venerado patrón de Villacarpanta me pareció un sereno apoyado en el chuzo y echándole la morcilla á un mochuelo huérfano.

La cara del pobre santo es toda bondad, toda dulzura, toda almazarrón.

La sonrisa del can fascina y subyuga.

La calabaza parece sonreirse también.

Entre los pliegues de la capa del santo asoma una pantorrilla que parece un cornetín de llaves.

En fin, no se puede pedir más.

Pues bien, á esta imagen es á la que acuden los sencillos labradores de Villacarpanta en todas sus tribulaciones y contrariedades.

¿Que sobreviene una peste? Pues novena al canto.

¿Que se vislumbra una mala cosecha? Pues rogativa y preces.



¿Que al alcalde le duelen los callos? Pues  
misa mayor con manifiesto y sermón.

Y así sucesivamente.

El sacristán, hombre rutinario por convicción, señor del órgano parroquial y de un lunar muy simpático con diez y siete pelos en el lado sudoeste de la nariz, era siempre el encargado de la música en las fiestas del santo patrón, y nunca echaba mano de otros motetes que de los que él mismo compuso cuando mataron á Prim.

Véase la clase (con permiso de San Roque):

#### CORO

|                                                                                                                          |                                                                                                                      |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| «Con tu gentil calabaza,<br>con tu perrito glorioso,<br>Dios te ha mandado á este pueblo<br>para alternar con nosotros.» | «Por el sendero del mundo<br>nunca nos pierdas de vista<br>y haz el favor de librarnos<br>de los dolores de tripas.» |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

#### VOZ PRIMERA

«Aunque tu acompañante—no tiene rabo,  
dame una muerte dulce,—que soy tu esclavo.»

#### VOZ SEGUNDA

«Y á mí, para que el diablo—nunca me toque,  
con tu sagrado dedo—tócame, Roque.»

#### CORO

|                                                                                                               |                                                                                                                  |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| «Te ofrecemos nuestras mieses<br>y nuestro vino también,<br>Ven aquí, santo bendito,<br>te daremos de beber.» | «Te pedimos ¡oh San Roque!<br>protección y caridad,<br>por el fruto de tu vientre<br>que á tu lado sien pre va.» |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

No dirán ustedes que el susodicho privilegio de la brutalidad no alcanza de lleno al autor de los motetes famosos.

Pues bien. el venerable párroco de Villacarpanta, íntimo amigo mío y asiduo lector del *Madrid Cómico* y de la *Revista de Navegación*, me dijo cierto día, volviendo de una novillada:

—Don Juan, ¿á que no sabe usted lo que estuve pensando anoche?

—No, señor; no sé una palabra.

—Pues pensé que usted podría escribirnos unas coplas nuevas para San Roque; porque, francamente, aunque el pueblo está encariñado con las que hoy se le cantan, yo creo que al santo ya no le hacen efecto. La semana pasada se las entonamos para pedirle que la alcaldesa tuviera un alumbramiento feliz, ¿y sabe usted qué resultó?

—Que reventó la alcaldesa.

—No, señor; parió tres muchachos como tres cocodrilos; pero estuvo lloviendo quince días seguidos sin que hiciera falta maldita. Y tengo para mí que los tales motetes están ya desgastados y no sirven para nada. Por lo tanto, aunque tuviera que rifar con el sacristán, agradecería á usted que me mandase desde Madrid unos gozos nuevecitos, siempre que no fueran muy picantes.

—Pero, señor mío, ¿si yo entiendo tanto de escribir gozos como de bordar zapatillas!



—No sea usted modesto. Eso lo hace usted por debajo de la pata.

Total: el cura me convenció (sobre todo con el auxilio de su preciosa sobrina); prometí complacerle, y... yo suelo cumplir casi todo lo que prometo.

## II

No sé si ustedes saben que yo estoy empleado en la secretaría particular de un ministro de la Corona, y que mi misión es contestar, con arreglo á las instrucciones de su excelencia, las cartas que le dirigen.

Este trabajo resulta sumamente pesado cuando es numerosa la correspondencia, y no es extraño que, á causa de la rapidez con que hay que llevarla y de la diversidad de asuntos y de personas que en ella figuran, se confunda ó trastrueque algún sobre y se envíe á un sujeto la carta correspondiente á otro.

Pues bien, esto me pasó á mi el día de mi regreso de Villacarpanta, hallándome envuelto en un maremagnum de pretensiones de destinos.

A los dos días, un senador vitalicio muy respetable, que tenía recomendada la colocación de un sobrino suyo, abría con interés el pliego que del ministerio recibiera en contestación á su ruego.



Pero ¡oh asombro del senador vitalicio! El papel decía así:

## VOZ PRIMERA

«Dos refulgentes estrellas  
clavadas hay en el cielo.  
Es la primera San Roque  
y la segunda es el perro.»

## CORO

«No nos desampares  
por la Virgen santa,  
que eres la delicia  
de Villacarpanta.»

No quiso leer más el ilustre prócer. Creyó-  
se burlado por el ministro y prometió inter-  
pelarle aquel mismo día en la alta Cámara,  
poniendo en conocimiento de la misma mis  
nuevos gozos á San Roque.

.....  
Mientras esto acontecía en la corte, el  
buen cura de Villacarpanta, rodeado de las  
autoridades locales, el maestro de escuela,  
el sacristán, la sobrina y el gato, se volvía  
loco ante los *gozos* que yo le había remitido,  
porque decían lo siguiente:

«Mi distinguido amigo: Enterado de la  
pretensión de usted, estoy dispuesto á orde-  
nar que se tome nota de ella, con el fin de  
ver de hacer cuanto me sea dable para bus-  
car la manera de poder encontrar el medio  
de procurar que, tan pronto como haya oca-  
sión oportuna que me facilite la posibilidad  
de acceder á su deseo, resulte realizable mi  
propósito de hallar el modo de tratar de ha-  
cer algo en favor de su señor sobrino.»

.....

## III

¿No les dije á ustedes que los de Villacarpanta eran los hombres más brutos de la tierra?

Pues hé aquí la prueba más evidente:

En todas las funciones que dedican á San Roque, le cantan ahora la cartita del ministro... y se quedan tan frescos.

---







## ¡POBRECITO MIOPE!



A fin de evitarme cien mil desazones,  
pusiéronme gafas apenas nací.  
Con ellas me libro de dar tropezones  
y veo los bultos que hay lejos de mí.

Mas no sé qué efecto mis gafas producen  
que, así que las chicas la cara me ven  
y notan que en ella los vidrios relucen,  
me miran con aire de horrible desdén.

Pues bien, en un viaje de puro recreo,  
cuando era yo jover, llegóme á chiflar  
la bella sobrina de un tal don Mateo,  
la flor de las mozas de cierto lugar.

Mis gafas no fueron del gusto de Rosa  
(que así se llamaba la rústica huri)  
y un dia me dijo: «Te advierto una cosa:  
si sigues con gafas, no pienses en mí.

Tan sólo respeto me infundes con lentes;  
deséchalos pronto si quieres mi amor,

que al verte con gafas se asustan las gentes,  
porque eres un feo de marca mayor.»

.....

Como era mi anhelo casarme con ella,  
las gafas un día con furia rompí.  
Quedé medio á oscuras, y á ver á mi bella  
con gusto y sin gafas corriendo volví.

Sin ver casi nada, marchaba atontado.  
Mis planchas de fijo llegaron á diez.  
En fin, á un borrico, que estaba parado,  
le dije: «Adios López,» creyéndole el juez.

Rompí las narices á más de un vecino,  
sentí la caricia de un guardacartón...  
¡Dios santo, qué apuros pasé en el camino  
por causa de Rosa! ¡Lo que es la pasión!

Por fin llegué á casa del buen don Mateo,  
busqué á mi Rosita, y hablamos así:  
—Al cabo, pichona, triunfó tu deseo  
y aquí estoy sin gafas tan sólo por tí.

¿Prometes quererme, simpática Rosa?

—No puedo.

—¡Qué escucho! ¿Me niegas tu amor?

—Sí, Juan; porque observo...

—¿Qué observas, hermosa?

—¡Que estabas con gafas cien veces mejor!





## EL DRAMATURGO DESVENTURADO.

MONÓLOGO

«Un día, en Albarracín,  
sentí bullir una cosa  
por dentro de mi magín,  
y di á luz un drama en prosa  
titulado *El Calceñin*.

No me las echo de autor,  
pero dije: «Pues señor,  
¿qué haré yo para comer?»  
Y no sabiendo qué hacer,  
hice un drama superior.

¡Superior! No me retracto  
de afirmarlo, aun siendo mío.  
¡Lo que disfrutó mi tío  
cuando leyó el sexto acto,  
que es en donde empieza el lío!

Después de leer la obra  
con éxito á mi mamá,  
se la lei con zozobra





á cierto escritor que ya  
tiene experiencia de sobra,  
y me dijo: «Bernabé,  
gastemos poca saliva.  
Créame usted y no escriba,  
pues *El Calceñín* de usted  
no es del género que hoy priva.»

¿No ha de privar, Dios eterno?  
Siendo el drama rechazado,  
á mí me priva de un terno  
que ya tenía pensado  
comprarme para este invierno.

La reforma fué precisa.  
Di al drama forma concisa,  
le quité al acto primero,  
puse escenas al tercero  
que hacían morir de risa,  
y hecho comedia quedó,  
y á Mario se la lei  
y no sé si le gustó;  
solo me dijo que no  
volviera más por allí.

Creyendo yo necesario  
hacer del drama zarzuela,  
se lo di á mi primo Hilario,  
que á más de ser boticario  
sabe tocar la vihuela

y escribe con tal frescura  
música alegre, que pasma.  
¡Pero, por mi desventura,  
en vez de una partitura,  
compuso una cataplasma!

La música rechacé,  
rompí con mi primo el pacto,  
y el que un tiempo drama fué  
quedó reducido á un acto,  
y á Eslava me lo llevé.

Al reclamarlo aburrido,  
me dijeron: «Se ha perdido.»  
Y he pasado un año entero  
sin saber el paradero  
de mi engendro maldecido.

Mas ayer probé en la cena  
que me dió Pepe Santonja  
un queso de *tez* morena,  
procedente de la lonja  
de *La Fama*, que es muy buena,  
y me quedé patitieso  
viendo impresas en el queso  
dos escenas de mi drama.  
¡Le habian comprado al peso  
en la lonja de *La Fama!*»

---

# ÍNDICE.

---

|                                              | <u>Páginas</u> |
|----------------------------------------------|----------------|
| <i>Prólogo</i> .....                         | 7              |
| Tomás Ruiz, el suicida calmoso.....          | 15             |
| La maravilla de la pradera.....              | 19             |
| <i>Cosas de doña Bonifacia</i> .....         | 23             |
| ¡Qué monada!.....                            | 27             |
| Modos de dormir .....                        | 29             |
| <i>Toros de revista</i> .....                | 33             |
| Bicicletomania.....                          | 37             |
| Coincidencia sensible.....                   | 41             |
| <i>Correo de la Semana Santa</i> .....       | 45             |
| Economía pura.....                           | 53             |
| ¡Jesús, qué pelotas!.....                    | 57             |
| <i>Los polvos de la madre Cunegunda</i> ...  | 61             |
| Un violinista precoz.....                    | 69             |
| Los nacimientos de Diciembre.....            | 73             |
| <i>Madrid en verano. — Las tertulias</i> ... | 77             |
| Exposición respetuosa.....                   | 83             |
| El cráneo de San Martín.....                 | 87             |



## ÍNDICE

|                                              | <u>Páginas</u> |
|----------------------------------------------|----------------|
| <i>Rusia en Madrid Moderno</i> . . . . .     | 91             |
| El tercer ojo . . . . .                      | 97             |
| Yo carambolista . . . . .                    | 99             |
| <i>El pueblo de mi fiesta</i> . . . . .      | 103            |
| Dos cartas húmedas . . . . .                 | 109            |
| Bartolillo . . . . .                         | 113            |
| <i>El timbal de macarrones</i> . . . . .     | 117            |
| Recuerdos de la función . . . . .            | 123            |
| Al café con la familia . . . . .             | 127            |
| <i>El coche de punto</i> . . . . .           | 131            |
| En plena cuaresma . . . . .                  | 139            |
| «El cuerno floreciente» . . . . .            | 143            |
| <i>Cuadradillo en Palacio</i> . . . . .      | 147            |
| El maestro de Villambrones . . . . .         | 153            |
| La mieditis de don Judas . . . . .           | 157            |
| <i>Un sueño raro</i> . . . . .               | 161            |
| Después del Carnaval . . . . .               | 167            |
| Exceso de celo . . . . .                     | 169            |
| <i>Con el estribo en el pié</i> . . . . .    | 173            |
| Las oficinas en verano . . . . .             | 177            |
| ¡Bueno está el arte! . . . . .               | 183            |
| <i>El hombre de las pesadillas</i> . . . . . | 185            |
| Desde Villapelona . . . . .                  | 191            |
| Nuevo Guignol . . . . .                      | 195            |
| <i>El paraíso terrenal</i> . . . . .         | 199            |
| El Santiago de Villachupada . . . . .        | 207            |
| Los chulos en el concierto . . . . .         | 211            |
| <i>Al glorioso San Roque</i> . . . . .       | 215            |
| ¡Pobrecito miope! . . . . .                  | 223            |
| El dramaturgo desventurado . . . . .         | 225            |

## LIBROS DE JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

---

**Cosas**, poesías y artículos, con prólogo de Luis Taboada.

**Desafinaciones**, poesías cómicas, con prólogo de Vital Aza.

**Gárgaras poéticas**, poesías cómicas, con prólogo de Sinesio Delgado.

**Guasa viva**, poesías y artículos, con prólogo de *Clarín*, y epílogo de Luceño.

**Pampiroladas**, poesías cómicas.

**Piruetas**, poesías y artículos.

**Zuñigadas**, poesías (Esta obra no se halla á la venta.)

**Cosquillas**, poesías y artículos con prólogo de Peña y Goñi.

### EN PREPARACIÓN

---

**Castañas pilongas**, poesías cómicas.

---

# OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

---

## EN UN ACTO

---

- La manía de papá**, juguete cómico.  
**¡Felicidades!** juguete cómico.  
**El señor Castaño** (1), juguete lírico.  
**¡Viva la Pepa!** (2), juguete lírico.  
**Los tíos** (3), juguete lírico.  
**El quinto cielo** (4), pasillo lírico.  
**Las goteras** (4), juguete lírico.  
**La lucha por la existencia** (5), fantasía lírica  
**El salva-vidas**, juguete cómico.  
**La india brava** (6), zarzuela cómica.

Las obras 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup>, en colaboración  
con D. José Díaz de Quijano.

- 
- (1) Música de Blasco y Ovejero.  
(2) Idem de Justo Blasco.  
(1) Idem de Julio Ruiz.  
(4) Idem de Quijano y Zúñiga.  
(5) Idem de Valverde y Mateos.  
(6) Idem de Valverde (hijo.)





